

Escrito para «LA VOZ»

## Covadonga y su Santuario

Tarea difícil, por no decir inabordable, sería la de querer delimitar, en la historia de España, el espíritu patriótico del espíritu religioso. Ambos se ofrecen en el decurso de toda ella como un todo indivisible; casi nos atreveríamos a afirmar que se completan. Lo más genuino de nuestra historia nacional está informado por los ocho siglos de la Reconquista que al modelar, en crisoles de luchas y de fé, la unidad de la Raza, prepara la gigantesca epopeya de América y la maravillosa explosión potencial de nuestro siglo XVI. Y la Reconquista española, más que una lucha de pueblo contra pueblo, de país oprimido contra raza opresora, es el alzamiento unánime de una colectividad que tiene por aglutinante esencial la defensa de sus principios religiosos.

Este conjunto inseparable que forman en España Patria y Religión, encuentra su concreción más acabada en Covadonga, santuario espiritual tanto como santuario patriótico. En él se echaron las bases de la nacionalidad española, y en él se fundieron los elementos raciales que constituyen el alma nacional. Nido de águilas abierto en la roca viva, en él remontó el vuelo hacia las crestas de los Andes nevados, después de medir con sus alas victoriosas la vastedad de la Península Ibérica.

Covadonga es, a la vez, como la condensación de los valores morales de la Raza. Lugar escondido, retiro espiritual siempre dispuesto al diálogo eterno entre el alma y el Hacedor de todas las cosas; fortaleza segura e indomable, acogedora de toda causa noble; naturaleza bravía norteña, en la que, por un milagro del Arte divino, desbordaban en armonía obsesionante, las blanduras y delicadezas de un paisaje meridional...

Se alza el Santuario en lo más angosto del valle asturiano del Deva, sobre el espolón pirenaico del Auseva, en un lugar apacible y agreste, donde los castañares y las praderías mezclan su verde intenso con el rojo detonante de los tejados de los caseríos, colgados de la roca, y con la confusión policroma de las flores silvestres. En la cima de la montaña, dominándolo todo y asomándose, sobre el ventanal de la crestería caliza, al valle, por el que hoy cruza el sinuoso trazado del camino de hierro, eleva su resplandeciente mole la Basílica, cuyas torres románicas hienden los aires en una suprema aspiración hacia el infinito. Y en los cimientos de la Basílica, a la que sirve de base natural, bajo el artesonado de las rocas, la Santa Cueva, cuna de la Monarquía y de la nacionalidad españolas.

A aquella cueva, empotrada en lo más recóndito del Pirineo astur, y en cuya soledad había buscado refugio contra las asechanzas mundanas una humilde ermita,

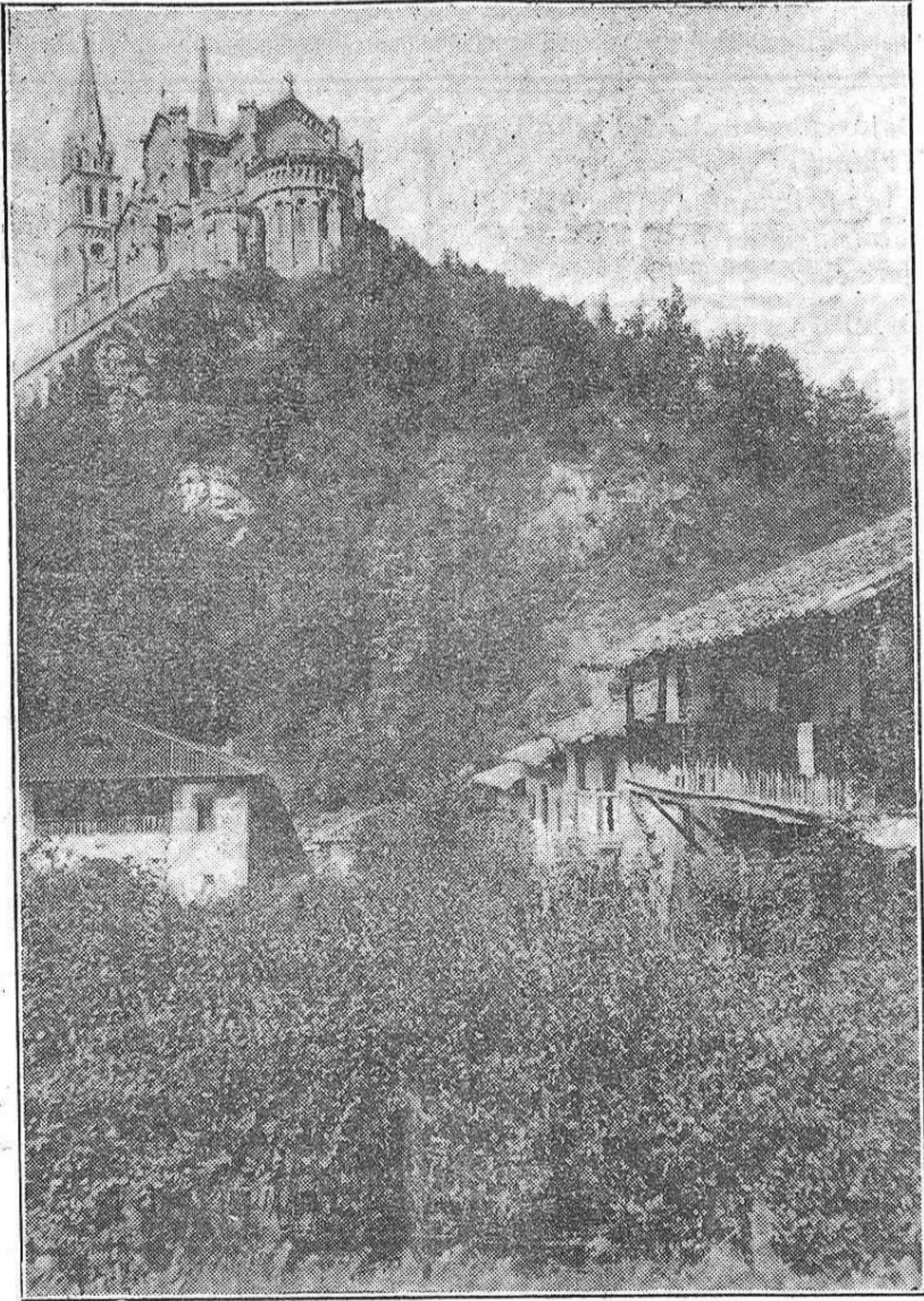
se acogieron un día del 718 un puñado de guerreros y campesinos cántabros, que no querían someterse al yugo musulmán. Los acudillaba un noble godo de regia estirpe: Pelayo y daban guardia de honor a una imagen de Nuestra Señora y a varios preciosos objetos del culto, que había conseguido poner a salvo contra posibles profanaciones un obispo que les acompañaba.

El 1 de Agosto invadieron el valle, en seguimiento de los fugitivos, las huestes hágrenas de Alcamá. Los astures, unidos por la doble hermandad de la Fé y de la Patria, acometieron a los invasores. Un súbdito y milagroso desbordamiento del Deva, que nace en aquel lugar mismo, completó su obra: algún cronista eleva a 124.000 el número de los árabes muertos. Y en aquel santuario, puesto bajo la advocación de la Virgen, que tanto contribuyó al triunfo cristiano y a la que la filial ternura de los naturales había de llamar la «Santina», nació el reino de Asturias.

Alfonso I el Católico, yerno de Pelayo y fundador de Oviedo, hizo transformar la primitiva ermita en una iglesia digna del hecho que se quería conmemorar, y dió al nuevo templo el nombre de «Santamaría de la Covadomina o Covadómica» (Cueva del Señor). El uso hizo poco a poco contraer esta última palabra hasta formar la más eufónica de «Covadonga».

La iglesia de Alfonso I, en la que, por especial disposición del monarca, fueron enterradas sus cenizas, junto con las de Pelayo, mereció, por su traza atrevidísima, el nombre de «Iglesia del Milagro». Su basamento estaba formado por vigas de tojo, empotradas al aire en la roca por un solo extremo. El resto de la construcción era también de madera. Aquel edificio quedó destruído, en Octubre de 1777, por el incendio que provocó la caída de un rayo. La imagen de la «Santina» no pudo ser salvada, y la que hoy allí se adora es una reproducción exacta de la primera. se rescataron el arca del altar, una casulla y los sepulcros de Pelayo y Alfonso, y de entre las cenizas fueron extraídas catorce arrobas de oro y plata fundidos, procedentes de las donaciones de objetos de culto.

Carlos III dispuso la erección de un nuevo templo, de trazado monumental, cuyos planos fueron comendados al gran Ventura Rodríguez. Mientras tanto, se habilitó un abrigo de madera para el culto de la Virgen, el cual, en 1874, fué reemplazado por el camarín bizantino que existe en la actualidad. En el interior de este camarín se levanta el altar de Nuestra Señora. Frente a él y embutidos en la misma roca, los sepulcros de Pelayo y Alfonso I. A su lado, abierto en la montaña, un alto ventanal desde el que puede observarse la caída del tempe-



Santuario de Covadonga

tuoso torrente del Deva, que después de formar una graciosa cascada, sigue su accidentado curso por entre los peñascales.

El templo quedó sin construir, después de gastados dos millones de reales en once años de trabajo. Los restos de aquella obra fueron aprovechados para la explanada que hoy se extiende ante la Cueva. En esta explanada, y de entre las rocas que sirven de asiento al camarín de la Virgen, fluyen las aguas de la «Fuente del Matrimonio». A ella está ligada una bellísima tradición, recogida en esta copla popular:

«La Virgen de Covadonga tiene una fuente muy clara: la moza que bebe en ella antes del año se casa».

Después de varias vicisitudes, y bajo el episcopado del doctor Martínez Vigil, se construyó, por suscripción nacional, la actual Basílica, del más puro estilo románico. Las obras duraron desde el 28 de Junio de 1886, fecha de la colocación de la primera piedra, hasta el 7 de Septiembre de 1901, en que el conde de Toreno, en representación de la Reina Regente doña María Cristina, inauguró el magnífico templo.

Magnífico lo es, no solo por sus proporciones gigantescas, sino por las maravillas de arte—de un arte moderno con tendencias clásicas—que guarda en su recinto. En cuanto a las primeras, baste indicar que el interior de la Basílica está formado por un vasto crucero y tres naves de 54 metros de longitud, y que está circundada en su exterior por un muro almenado—espléndido mirador abierto al paisaje montañoso, en eterna floración primaveral—de 339 metros de desarrollo.

El tesoro de arte es múltiple y formado en gran parte con donaciones y legados. Citaremos solamente el «viril» en el que hay engarzados 1.368 brillantes y 38 perlas; la corona del XII centenario, obra del gran orfebre Granda, toda ella recamada de piedras preciosas, y la cual le fué impuesta a la Virgen por el Cardenal Primado, el 8 de Septiembre de 1918, ante sus majestades y el «Tripti-

co del Centenario» una de las más ricas y prodigiosas obras de orfebrería religiosa contemporánea. Al lado de la Epístola, en el altar mayor, figura el célebre cuadro de Madrazo «Proclamación de Pelayo como caudillo», y en el Museo del Santuario—una interminable colección de ex votos y recuerdos históricos—la cruz de roble, reproducción exacta de la que enarbolará Pelayo como enseña de su hueste y cuyo original se conserva en la Catedral de Oviedo.

No es menos digna de mención la Colegiata antigua, vieja reliquia de un monasterio benedictino fundado en el siglo VIII por Alfonso I, reconstruído en el siglo XVI, destruída su bóveda de crucería, en 1867, por un peñasco desprendido de la montaña, y reconstruído nuevamente y devuelto al culto en las postrimerías de la pasada centuria. Aún se conservan, bajo la pátina de los años, los arcos románicos del claustro y en éste, dos sepulcros bizantinos que acaso cobijaron las cenizas de los abades del Monasterio.

Y tal es la escena en que se representó el primer acto de la gloriosa epopeya española. Santuario religioso y patriótico, adornado con las galas más bellas de la naturaleza y del arte, enclavado en una comarca de belleza tan extraordinaria, que ha merecido que el Gobierno la declare «Parque nacional», todos los días recorren sus sendas centenares de peregrinos, atraídos por la fascinación de su fé, que van a postrarse de hinojos ante la milagrosa «Santina». Pasan de quince o veinte mil las personas que allí se reúnen llegadas de todos los rincones de la Península el día 6 de Septiembre, festividad de Nuestra Señora de Covadonga. Es aún, casi tanto como un homenaje de devoción filial, un acatamiento de gratitud por el milagro que dió vida al nuevo milagro de asentar las sólidas bases de la nacionalidad española.

PEDRO C. APARICIO

Vea V. nuestra información de 4.ª página

Narraciones humorísticas

## El guayabo está triste ¿qué tendrá el guayabo?

Fué un capricho de hombre mundano. Sí, de hombre mundano cansado de saborear toda clase de aventuras.

Sus largos viajes por el Bajo Aragón, La Zoma y Peracense le valieron gran experiencia en las lides del amor.

Era una especie de Pedro Mata gran psicólogo conocedor de la mujer y de sus problemas amorosos, y por ello sabía, como los arfitriones sabían y saben que la gollina cuanto más vieja hace mejor caldo, que la mujer madura vale más, ya que aparte de su buen sabor posee el atractivo de la experiencia.

Por esto nunca se ocupó de las niñas, de los guayabitos, tan hoy en moda. Conceptuábalos como a exquisita fruta, pero sin sazónar verde todavía, y las dejaba madurar para saborearlas mejor.

He ahí la explicación clara y concisa de su indiferencia hacia este género.

Pero, como es sabido, todo, hasta lo bueno, llega a cansar, y así fué que, atracado ya de mujeres otoñales, clavase sus ojos en un guayabito un atardecer, plomizo y gris como la pomada mercurial.

Y al guayabito, que era una especie de bella rosa de Alejandría recién abierta a la vida, por esa ley desconocida, que a todos, hombres y mujeres, mide con el mismo raseró le gustó, le interesó el hombre mundano, que había recorrido el Bajo Aragón, La Zoma y Peracense.

Sentía tantas ganas de saber lo que era un hombre mundano, lo que hacían los hombres mundanos, que se enamoró perdidamente cuando éste, experto y práctico le buscó el oído para como si fuera un búcaro plantar en el las flores más galanas del jardín de su corazón. Susurró a su oído frases amorosas y tiernas, como el pan del día; frases manidas y vulgares pero que para ella tenían el encanto de la novedad puesto que nunca las oyera de otros labios.

El guayabito se azoró, se ruborizó, en una palabra, se le subió el pavo, y fué entonces cuando el hombre mundano que había recorrido el Bajo Aragón, La Zoma y Peracense se llegó verdaderamente a interesar puesto que para él también constituía una novedad ver ruborizarse a una mujer. ¿Es verdad que resulta raro ver en estos tiempos ruborizarse por una frase o por una mirada a una mujer? Tergan presente que es una narración humorística, porque todos sabemos que hoy no se ruborizan ni las más asabañonadas menciñadas).

La cosa fué que el guayabito se enamoró de la experiencia del

hombre mundano que había recorrido el Bajo Aragón, La Zoma y Peracense, y el hombre mundano de la inocencia y candor del guayabito que no había recorrido ni el Bajo Aragón, ni la Zoma, ni Peracense.

Y ella fué feliz y gozó al contemplar por vez primera las dilatadas playas de lo desconocido, al asomarse al balcón o al mirador del amor que para ella había permanecido, hasta entonces, herméticamente cerrado; por eso fué feliz, o se creyó serlo, porque eso de que existe la felicidad es harina de otro costal y materia para discutir en la mesa de café.

También el hombre mundano que recorrió... ¡bueno; eso: el Bajo Aragón y otras poblaciones paraguayanas!... fué dichoso mientras le duró el encanto de la novedad, pero enseguida se aburrizó, y lo que antes le encantaba: inocencia, candor, falta de experiencia, etc., llegó a hastiarle y hasta a molestarle en grado bachiller.

Y la dejó él, como hubiera podido dejarle ella a él cansada, quizá, de la excesiva experiencia del hombre mundano, en algunos casos empalagosos.

Y el guayabito, especie de rosa de Alejandría recién abierta a la vida languideció minada por la tristeza y la melancolía que le produjo la lección práctica que del amor le había enseñado el hombre mundano que había recorrido el Bajo Aragón, La Zoma y Peracense... Moraleja: Cada cosa a su tiempo.

Envío

A una bella damita que me envía unos versos hablando del alza de la peseta y felicitándome por los consejos amorosos que le dediqué al enamorado «Canito».

J. VALENCIA ROYO

### CIRCULO DE RECREO TUROLENSE

Se abre un concurso para la provisión de la plaza de cafetero de esta Sociedad con sujeción al pliego de condiciones que se hallará de manifiesto en la Conserjería de este Círculo.

Los aspirantes podrán presentar sus proposiciones en la Secretaría del mismo hasta las quince horas del día 17 del actual.

Teruel 11 de Mayo de 1930.—P. A. de la J. D., El Secretario, Melchor Vicente.

Teléfono de LA VOZ 123

## Cemento Landfort

Pascual Marqués. — San Francisco, 50

En la Platería Moderna

- DE -

## Amadeo Burgalat

encontrará usted bonito aderezo para Comunion en oro de ley POR 75 PESETAS. Muy pronto en el Real de la Feria





